

JOHN HENRY NEWMAN

A desk lamp with a purple shade and a silver base is positioned on the left side of the cover. An open book is lying flat on the surface in front of the lamp. The background is black.

**LA IDEA
DE LA
UNIVERSIDAD**

**DEFINIDA E
ILUSTRADA**

EDICIÓN COMPLETA



John Henry Newman

La idea de la universidad definida e ilustrada

I. En nueve discursos pronunciados
ante los católicos de Dublín

II. En lecciones y ensayos ocasionales dirigidos
a los miembros de la Universidad Católica

Presentación de Daniel Sada

*Introducción, edición y traducción
de Víctor García Ruiz*



Título en idioma original: *The Idea of a University*

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Presentación de Daniel Sada

Introducción, edición y traducción de Víctor García Ruiz

Edición completa (partes I y II)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 159

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-214-1

Depósito Legal: M-252-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Presentación	9
La campaña de Irlanda.....	15
Cronología 1851-1858	35
Obras citadas y abreviaturas	39

PARTE I

LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA

Prefacio	49
Discurso primero: Introducción.....	63
Discurso segundo: La teología, una rama del saber	81
Discurso tercero: Cómo afecta la teología a otras ramas del saber	103
Discurso cuarto: Cómo afectan a la teología otras ramas del saber	129
Discurso quinto: El saber, un fin en sí mismo.....	155
Discurso sexto: El saber, visto en relación con el aprendizaje...	179
Discurso séptimo: El saber, visto en relación con la preparación técnica	205
Discurso octavo: El saber, visto en relación con la religión.....	233
Discurso noveno: Deberes de la Iglesia hacia el saber	263

PARTE II
TEMAS UNIVERSITARIOS

Advertencia.....	295
I. Cristianismo y letras: Conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras.....	297
II. Literatura: Conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras ..	315
III. Literatura católica en lengua inglesa.....	341
§ 1. La literatura católica inglesa en su relación con la literatura religiosa.....	342
§ 2. La literatura católica inglesa en su relación con la Ciencia.....	345
§ 3. La literatura inglesa en su relación con la Literatura Clásica ..	352
§ 4. La literatura inglesa en su relación con la literatura del día.....	365
IV. Estudios elementales	377
§ 1. Gramática.....	379
§ 2. Composición	393
§ 3. Escritura latina.....	406
§ 4. Conocimiento religioso general	415
V. Un modelo actual de incredulidad.....	425
§ 1. Cómo piensa	425
§ 2. Cómo actúa.....	435
VI. La predicación universitaria	449
VII. Cristianismo y Ciencias Físicas: Conferencia en la Facultad de Medicina.....	471
VIII. Cristianismo e investigación científica: Conferencia escrita para la Facultad de Ciencias	497
IX. Disciplina intelectual: Discurso dirigido a las Sesiones Vespertinas	521
X. Cristianismo y Ciencia Médica: Discurso dirigido a los estudiantes de Medicina	543
[Nota sobre Muratori].....	557

*To Paul Shrimpton,
with gratitude, and affection*

PRESENTACIÓN

Es difícil dar con las esencias, vivir de significados, pero se nos va la vida en ello, también, y sobre todo, en la universidad. Si preguntamos al ciudadano medio o nos preguntamos a nosotros mismos qué es la universidad, rápidamente aparecen medios intermedios: preparación para el futuro, profesión y empleo, investigación y ciencia, progreso social, excelencia... y pocas veces vemos la imagen completa de una institución milenaria que es todo lo anterior y también «algo más». John Henry Newman ha sido uno de esos hombres que han entregado su vida a la comprensión de ese «algo más» y lo ha hecho gran parte de su tiempo en y para la universidad. Por eso, acudir a él no solo es agradecimiento con aquellos que nos llevan a sus hombros, sino pura audacia de los que seguimos apasionadamente en este bregar educativo.

Leyendo el libro que el lector tiene en sus manos comprendemos cosas de gran valor, muchas nos roban una media sonrisa porque los dos siglos que nos separan del santo inglés no han hecho que las cosas sean muy diferentes. Newman sabía que el encargo de crear una universidad en Irlanda vino de instancias superiores, que se vieron sin muchos mimbres y buscaron asesores externos deseando crear un claustro solvente; que se toparon con los límites estatales y políticos que regatearon la certificación necesaria para abrir sus puertas y que terminaron viéndose con un número de alumnos que bajaba a marchas forzadas hasta quedarse en 17.

Nada nuevo bajo el sol. Pero gracias al Cielo tampoco es nuevo que haya hombres que pongan toda su potencia creativa al servicio del saber, que nunca es abstracto e inocuo, sino una azada que abre caminos y acumula alimento. John Henry Newman no se conformó con levantar una institución, como se le había pedido, sino que quiso construir una casa «hacedora de hombres» para lo que se necesitaba ese «algo más».

Newman tiene mucho que decirnos hoy. Me detendré en dos ideas que nos han servido de alforjas en este camino universitario a muchos: la educación liberal y una fe cristiana posibilitadora. En cuanto a la primera se trata del saber por saber, es decir, un conocimiento digno en sí mismo, por lo que es y no por lo que hace. Porque el ser humano fue creado con la capacidad de comprender el mundo y tiene derecho a hacerlo. Puede entenderlo y custodiarlo y haciéndolo se eleva, se hace digno de su inteligencia y su libertad, de su capacidad para luego transformar el mundo en un lugar mejor. No podemos poner en la chepa de la educación universitaria la responsabilidad de todos los oficios, idea que se ha hiperdesarrollado en nuestra época hasta convertir la parte por el todo, haciendo de la universidad una criatura de Frankenstein llena de retales, sin paternidad. A la larga, dejaremos, como ya ha pasado, huérfanos a tantas y tantas generaciones que salieron con un título, pero que nunca llegaron a comprender para qué lo querían, al servicio de quién, qué verdad portaban, qué bien harían a la sociedad con él, cómo de cumplida se vería su vida después.

De una universidad se espera la alta función social de formar a los profesionales que necesita la sociedad. Esos hombres y mujeres que harán que la economía, la política, la comunicación, la cultura, la sanidad, la educación o la justicia configuren un cuerpo social digno del hombre y capaz de afrontar los retos históricos que se presenten. De la universidad se espera, en suma, que aporte buenos profesionales. Bien. No es poco, pero ¿eso es todo? ¿No hay algo más que dé razón de sus más de novecientos años de historia? ¿Es por eso por lo que ha sobrevivido y evolucionado o quizás

lo ha hecho porque ha satisfecho una necesidad más honda de la sociedad cambiante y de cada hombre?

Justo porque es más que una escuela profesional, la universidad no puede eludir la cuestión de la verdad y, por tanto, no puede dejar de plantearse el sentido de las cosas. La universidad no debe autolimitarse al descubrimiento de conocimientos y técnicas útiles, ni tampoco puede olvidar que la aplicación de los conocimientos no es neutral con respecto al hombre, ni los medios para obtenerlos son indiferentes. Más bien debe tener siempre presente que el cometido de la técnica es hacer posible que se realice el proyecto en que consiste la vida humana, diría Ortega, y que la profesión o la tarea son simplemente el marco de posibilidades para realizar una auténtica obra personal.

En cuanto a la segunda idea, el mismo Newman lo expresa con claridad: si Dios existe está mal hacer como si no. Esta contundencia no indica otra cosa que una propuesta, la de mirar de frente las preguntas radicales y profundas que tiene el ser humano de todos los tiempos y darles la categoría metafísica que se merecen, cuyo laboratorio más pertinente es la universidad, el aula, la lección y la conversación. Y en la cima de todas ellas se encuentra siempre planeando la cuestión de Dios. Podríamos tomar el relevo a Newman y decirnos con mentalidad moderna que no sabemos si Dios existe o no, pero está mal, por eso mismo, zanjar el tema sin habernos ni siquiera puesto en camino. La universidad tendrá que hacer cuentas con esto y ser consecuente con la respuesta que se dé. No vale la neutralidad en la casa del saber. El cardenal inglés nos enseña que si existe verdad en la religión no podemos acallarla sin pretender que el resto de la realidad no se vea mermada. La realidad, como vasos comunicantes de saberes, necesita de todos para comprenderse; si uno se ciega, habrá menos luz que ilumine el terreno de juego que es el mundo y que es la vida. De Newman hemos aprendido que cada ciencia tiene su propio territorio, su método, que no se trata de hacernos atajos con respuestas impertinentes al saber concreto, pero que en el diálogo entre todas ellas y de todas con la verdad transcendente podemos alumbrar más, más

arriba hacia la altura, más adentro en la espesura. Esto es para toda institución educativa que quiera realmente serlo. La universidad católica no es distinta, pero si en algo se diferencia es en hacer memoria de su origen y en reconocer en la realidad el Misterio que se esconde en todo, que sostiene todo.

Las primeras universidades —París, Bolonia, Oxford, Salamanca, Coímbra— nacieron porque las escuelas catedralicias o el clero abrieron a la sociedad los saberes que cultivaban; pero las ciencias y las artes que desarrollaron no eran solo para formar sus cuadros, sino para buscar la verdad de su fe, de sus vidas, de su destino. Ese era su «algo más». Nacida del corazón de la Iglesia, la universidad católica se inserta en el curso de una tradición que se remonta al origen mismo de la universidad como institución, y se ha revelado siempre como un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad. Por su vocación, la se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros, animados todos por el mismo amor del saber. Ella comparte con todas las demás universidades aquel , esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento. Su tarea preferente será buscar la verdad y a la vez caminar en la certeza de conocer ya la fuente de la verdad, nos dirá Juan Pablo II en , texto programático para muchos de nosotros y nuestras universidades. Haber verificado esta directriz está haciendo apasionante la travesía y nos seguirá permitiendo adentrarnos sin miedo en el bosque.

Tenemos aguerridos aventureros que ya la han hecho antes, por eso ir a la zaga de su huella es un privilegio. Este libro se convierte así en esa estela. Newman amaba la educación y sigue educándonos a través de estas páginas de enorme valor. Esta obra recoge en un solo volumen y con una nueva traducción su itinerario y método universitario, que siempre se basó en la influencia personal y en la realidad de las cosas. Si esto es así ahora también para nosotros se desprende que en su interior cualquier universitario auténtico tiene cabida. Lo que hace posible y viva esa comunidad

no es el estar todos convencidos de lo mismo, sino esa honestidad intelectual y esa humilde actitud ética de búsqueda de la verdad. Esto vale para todas las ciencias, en su diálogo con la Filosofía y la Teología, entre creyentes, agnósticos y no creyentes.

Reconocer al ser humano en cuanto buscador de la verdad y del bien como la razón de ser de la universidad es una invitación para educar, y ser educados, en el descubrimiento del significado de las cosas, en la atracción que ejerce la realidad y en la sed de verdad, de felicidad, de belleza y de sentido que nos hace humanos. De esta manera, lo cotidiano en la vida académica (un poema, un teorema, un fenómeno químico, una pieza de música) es una ocasión preciosa para descubrir el camino que, desde cualquier «fragmento» de la realidad, conduce hasta aquello que da unidad y confiere sentido a todas las cosas. Para ello necesitaremos, como señaló el propio Newman, «la fuerza del compromiso con la razón y la libertad de sentirnos cautivos de la verdad».

Daniel Sada

Rector de la Universidad Francisco de Vitoria

LA CAMPAÑA DE IRLANDA

La empresa de Newman en Irlanda tuvo algo de militar; el capitán general estaba en Roma, el teniente general en Dublín y el capitán en Birmingham. Pío IX, desde Roma, no veía grandes diferencias entre lo que había pasado en Bélgica con la Universidad de Lovaina y lo que quería que pasara en Irlanda. Bélgica era un país recentísimo, cuya mayoría católica en el sur, tras breve revolución, había logrado separarse de la mayoría protestante del norte holandés y en 1831 establecerse como monarquía constitucional independiente, neutral y católica (aunque el rey Leopoldo I permaneció luterano). En este nuevo Estado, existía una también reciente Université d'État de Louvain fundada en 1817 por el rey holandés de los Países Bajos, pero moribunda y sin mucho futuro entre unos belgas que estrenaban soberanía y mayoría católica. Los cuales prefirieron fundar una universidad confesional, la Católica de Lovaina, restaurando la antigua universidad que venía de 1425 y que fue suprimida en 1797 por la apisonadora de la República Francesa, que quería sustituir las viejas universidades con *Écoles centrales* también en esos territorios, recién adquiridos para la Revolución. A partir de 1835, la Universidad Católica de Lovaina prosperó, en un clima favorable de Restauración y cohesión social.

Pero Irlanda era, de hecho, una colonia de población abrumadoramente católica, gobernada muy de cerca desde Londres por una élite protestante, representada en la isla por otra élite de

terratenientes y obispos protestantes, donde aún escocía mucho la fallida Revolución irlandesa de 1798 —que fue una auténtica carnicería¹— y la abolición del Parlamento irlandés por el *Act of Union* (1800). La Emancipación Católica (1829) mejoró algo las cosas, pero no alteró un clima sumamente desfavorable de abrupta división social y resentimiento político contra el Imperio británico. En Irlanda nadie pensaba en universidades católicas hasta que en 1845, el primer ministro Robert Peel (1788–1850), conservador reformista, anticatólico, logró que el gobierno de Londres fundara los «Queen's Colleges» en Belfast, Cork y Galway, adonde podrían acudir los católicos porque, a diferencia del anglicano Trinity College de Dublín, allí no habría ningún tipo de orientación religiosa. Hasta entonces, la exigua clase media y la reducidísima *gentry* católica que enviaba a sus hijos a la universidad, los mandaban a Trinity (algunos a Oxbridge) porque desde la Catholic Relief Act de 1793 los católicos podían graduarse sin violentar su conciencia; naturalmente, allí el *ethos* era completamente protestante y unionista, pero los obispos estaban en general conformes con ese *statu quo*. Las grandes ideas de sir Robert sobre educación crearon un problema donde no lo había porque obligaron a pronunciarse oficialmente a los obispos católicos, y a Roma que, en varios rescriptos de entre 1847 y 1850, dijo No a esa educación inter-confesional (*mixed education*) y «sin Dios» propuesta por un gobierno de herejes; y Sí a la fundación de una Universidad Católica como la de Lovaina. Pío IX, lo mismo que su entorno vaticano, tenían que saber que las circunstancias en Irlanda no eran las mismas que en Bélgica; a pesar de todo, en asuntos de educación, durante aquel largo pontificado (1846–1878), la línea fue rotundamente confesional. Durante la Gran Hambruna (1845–1850), que por hambre o emigración dejó en seis los ocho millones de irlandeses, nada se hizo; en agosto de 1850 los obispos, divididos

¹ Cifras recientes hablan de entre 25.000 y 30.000 rebeldes muertos (más que, todos juntos, los muertos en el Levantamiento de 1916, la Guerra de Independencia, la Guerra Civil irlandesa y los «troubles» en Irlanda del Norte, 1968–1998); de las tropas británicas, en 1798, solo murieron seiscientos.

sobre los Queen's Colleges y bastante galicanos, dieron un tibio sí al proyecto de universidad reunidos en sínodo en Thurles (Co. Tipperary), Irlanda profunda. Entre esos 26 obispos y cuatro arzobispos se encontraba, recién llegado desde Roma, donde había vivido 30 años y sido Rector del Colegio Irlandés, Paul Cullen (1803–1878), arzobispo de Armagh y Delegado Apostólico del papa. Él fue la pieza clave, el teniente general enviado a Irlanda por Pío IX no solo para dirigir el proyecto de universidad católica sino para hacerlo dentro de otro proyecto más amplio e importante: el de romanizar la Iglesia de Irlanda. El dinámico Cullen, después del éxito de Thurles, estableció un Comité promotor y una campaña de fondos que fue bastante bien, además de hacer indagaciones, mayormente en los círculos católicos de Londres, donde más de uno le dijo «Get Newman»; el cual estaba de vuelta en Inglaterra, ya sacerdote católico, superior del Oratorio y notablemente activo en la defensa pública de la causa católica. En abril de 1851, Cullen escribió a Newman informándole del proyecto de universidad católica en Irlanda y, como a una especie de asesor externo, le pedía consejo sobre posibles dirigentes y profesores para el claustro; le invitaba también, vagamente, a viajar a Irlanda para dar «unas cuantas lecciones sobre educación» (LD 14, 257, nota 2). En su larga respuesta, Newman proporcionaba nombres de profesores, ingleses, casi todos conversos oxonienses, laicos, a los que conocía y retrataba con cierto detalle, en sus fuertes y en sus flacos; en cuanto a posibles gestores o superiores, Newman carecía de información. Durante el mes de julio Cullen viajó dos veces a Birmingham para visitar a Newman y, a la segunda, le ofreció el rectorado. En aquellos momentos, Newman estaba absorbiendo poniendo las bases del Oratorio en Inglaterra, que empezaba a torcerse desde el primer momento, y dando unas conferencias públicas (*Present Position of Catholics*) para contrarrestar la arraigada ignorancia del inglés medio sobre los católicos, exacerbada entonces por la restauración de la jerarquía episcopal en 1850. Para este deseo del papa, Newman prefería un puesto secundario y sustituible como Prefecto de Estudios, porque ya tenía otro encargo,

LA IDEA DE LA UNIVERSIDAD

La idea de la universidad es la obra cumbre sobre educación de Newman, una defensa elocuente de la educación superior, del aprendizaje del saber por el saber mismo, un libro crucial en el que se ahonda acerca de la naturaleza de la transmisión de las ideas y se indaga en la sabiduría de la cultura académica, el propósito de la enseñanza y la importancia de la teología y su relación con otras disciplinas y los estudios clásicos. Esta edición completa, reunida por primera vez en un solo volumen, con nueva traducción, es sin duda un libro de provecho para todos aquellos lectores que disfrutan aventurarse en la búsqueda de la verdad.

Una universidad como la que Newman propone en este libro clásico entronca bien con ciertas palabras del cardenal Ratzinger, pronunciadas precisamente en un aula de la Sorbona en 1999: aunque, la «síntesis entre razón, fe y vida que ha hecho del cristianismo una religión universal» no sea ya convincente hoy día, «el cristianismo, tanto hoy como en el pasado, sigue siendo la opción por la primacía de la razón y la racionalidad».

Depósito Legal: M-252-2025



ISBN: 978-84-1339-214-1



9 788413 392141